

LIBROS

Homenaje a Juan Rejano

Yo pienso que si este homenaje a Juan Rejano tiene un sentido no es sólo por la tremenda injusticia que se ha cometido con él, en su país, al ignorarle como poeta durante los casi cuarenta años de su exilio en tierra mejicana, sino porque era un español, un andaluz cuya bondad y generosidad no tenían límites, y a quien, en los años amargos del destierro, pocos ganaron en limpieza de alma, en desprendimiento, en sentido de la amistad y la fraternidad. Todo ello lo llevaba retratado en la cara, como su acento cordobés, que no había perdido a pesar del largo exilio, nos revelaba su naturaleza andaluza. Conocí a Juan Rejano, siendo él periodista militante y yo aprendiz de poeta, en la Málaga de los primeros años treinta, a la sombra del poeta Emilio Prados, amigo fraternal suyo y guía entrañable de mis primeros pasos poéticos. Después ya no le volví a ver hasta cuarenta años después con motivo del homenaje que Méjico consagró al gran León Felipe. Y allí estaba la misma pureza de rostro, el mismo acento, la misma bondad. Nos abrazamos al vernos y nos pusimos a charlar como si no hubiesen pasado esos cuarenta años. Nada en él de resentimiento, de amargura. Y eso que la guerra civil, al desterrarle de su Patria, echó tierra sobre su persona, como sobre tantos otros, ignorándole por completo.

Rejano llegó a Méjico en julio de 1939, en el mismo barco, el "Sinala", en el que partían también para el destierro otros muchos españoles, entre ellos otros dos poetas y amigos suyos entrañables: Pedro Garfias y Adolfo Sánchez Vázquez, cordobés el primero, malagueño el segundo. En Méjico fundó Rejano una de las más bellas revistas del exilio español, "Romance", y con Emilio Prados y Francisco Giner de los Ríos, resucitó en tierra mejicana la revista malagueña "Litoral". Fundó también otras dos revistas menos conocidas: "Ars" y "Ultramar", y de 1947 a 1957 dirigió el suplemento literario



Juan Rejano.

del diario "El Nacional", del que hizo la patria poética de muchos jóvenes poetas mejicanos y de todas las Américas y las Españas. Y fue también en Méjico donde alcanzó su poesía, a lo largo de sus treinta y siete años de exilio, su más honda madurez. El huracán de la guerra española no podía menos de sacudir los troncos de su entraña, y no creo equivocarme al afirmar que fue la tragedia española la que le hizo verdadero poeta. No ha sido el suyo el caso único. En el exilio mejicano iba a madurar también, con más hondo acento, la poesía de Domenchina, la de Pedro Garfias, la de Emilio Prados... Pero los libros mejicanos de Juan Rejano no llegaban a España, y si llegaban, la censura los prohibía. Sólo a muy pocas manos amigas lograron llegar. Yo fui uno de esos afortunados, porque Juan, quizá por solidaridad malagueña, me enviaba sus libros, y ello me permitió incluir poemas suyos en dos antologías que publiqué en los años cincuenta: la de "Poetas andaluces contemporáneos", que apareció en 1958, y la "Antología de la nueva poesía española", publicada dos años antes, en 1956. Fueron esos los primeros poemas de Rejano que se publicaron en España después de la guerra civil, con otros aparecidos en la revista cordobesa "Cántico", en 1957.

Pero vayamos acercándonos a la poesía de Juan Rejano, que es el tema de esta breve lectura. Y lo primero que habría que decir es que una dolorosa veta nostálgica, de añoranza constante de España, y sobre todo de su tierra andaluza, recorre la poesía de Rejano, o al menos gran parte de ella, cruzándose a ratos con otra corriente que parece venirle del neopopularismo de algunos poetas del 27 —Alberti, Lorca, Prados—. Ambas se funden a veces en un mismo río que corre paralelo a otro no menos fiel y hondo: el de la poesía solidaria y compartida con los otros: sus compa-

ñeros, sus amigos, los poetas, los pintores, los artistas de España y de todas las tierras de América. Y también, como suele ocurrir en la poesía de nuestro Blas de Otero, la corriente neopopularista suele servir de cauce a la queja de la España herida por la guerra. Y así su voz viene a unirse a la de tantos otros poetas españoles cuyo destino —el exilio en Méjico— compartió: Pedro Garfias, Emilio Prados, Juan José Domenchina, Altolaguirre, Cernuda, León Felipe, Moreno Villa, Francisco Giner de los ríos. Todos ellos —salvo Altolaguirre que vino a morir a España, y Francisco Giner, el único superviviente— yacen hoy en una tumba mejicana. Y todos ellos dejaron oír una voz herida por la guerra y el destierro. Es la voz que oímos también en el primer libro que Rejano escribe al terminar la guerra, "Memoria en llamas", empezado en París y terminado en Méjico en 1939. Libro abrasado del dolor de la España perdida y lejana. Sonetos, elegías, canciones en que el tema de España es el principal protagonista; recuerdos muy vivos aún de la guerra reciente, como en esta canción titulada "El miliciano muerto", con aire de soleares:

"Murió con tanta alegría que al acercarse la muerte, la muerte palidecía.

¡Qué tiernas hojas de sangre le brotaban! ¡Qué valor! En el pecho le cantaban pájaros de miel y flor.

Murió con tanta alegría, que la muerte, por los campos, de su propia sombra huía".

El dolorido tema de la Patria perdida continúa en el libro siguiente de Rejano, titulado "Fidelidad del sueño, pero remansado en una lenta ola tierna y serena, desplegada en variedad de formas: la cuarteta de alejandrinos, la silva en verso blanco, los romances y sonetos. La tradición del dolorido sentir y de la poesía

de soledad, tan extraordinariamente rica en nuestra poesía del siglo de oro, encuentra en Rejano cauces formales muy diversos, como la copla asonada que utiliza en la serie que titula "Soledades", dedicada a José Bergamín.

Quando su cuerpo yace en tierra mejicana, como el de tantos otros poetas españoles que compartieron su exilio, ¿le llegará a Juan Rejano la hora de la justicia, el reconocimiento de la importancia de su obra poética? El deber de sus amigos y de los amigos de la poesía, como primera tarea urgente, es difundir su obra, publicarla en antologías que lleguen a las jóvenes generaciones que ignoran lo que ha sido su aventura poética lejos de España, en sus años mejicanos, pero con España en el corazón.

■ JOSE LUIS CANO.

Novela y periodismo

La editorial Saltés ha inaugurado su colección literaria con "El luchador", de López Pinillos ("Parmeno"). ¿Qué interés tiene la reedición de esta novela hoy?

En primer lugar, rescatar a un epigono del 98, o mejor, cooperar a su rescate, puesto que en los últimos años han sido puestas de nuevo en el mercado "Las Águilas. De la vida del torero" (Alianza, 1967), "Doña Mesalina" (Turner, 1975) y "La sangre de Cristo" con otros relatos (Laia, 1975). La lectura de López Pinillos, obligada para quienes deseen conocer la narrativa española de este siglo, puede resultar en general dura para el consumidor normal de novela. "Parmeno" pertenece con Blasco Ibañez, con Ciges Aparicio, a una generación de narradores con una intención crítica social que recogerá de modo más coherente y decidido la ola de narradores de los años treinta: Arconada, Díaz Fernández, Sender. En López Pinillos, la falta de contención retórica y discursiva, así como el empleo de un lenguaje en buena medida "coyuntural" y que hoy es arqueología, pone a prueba al lector de nuestros días.

En segundo lugar, la reedición de "El luchador" tiene interés porque se trata de un testimonio novelado sobre el periodismo de principios de siglo. Este es, precisamente, el aspecto que interesa a este comentario. La novela

de "Parmeno" forma parte de una serie de testimonios sobre el periodismo de esos años que, en conjunto, permiten una información complementaria y necesaria a la que pueden suministrar los estudios de historia del periodismo, incluso los análisis de los propios medios. Los otros títulos que con "El vencedor" (Renacimiento, Madrid, 1916) forman un fresco son: "Del periódico y de la política. (El libro de la decadencia.)", de Ciges Aparicio, editado en Madrid en 1907 por Sucesores de Hernando; "Las columnas de Hércules", de Luis Araquistain (Ed. Mundo Latino, Madrid, 1921) y, en lengua catalana, "Servitud. Memòries d'un periodista", de

vil, el periodismo anterior fue considerado como algo nefasto, con la salvedad de los títulos que se salvaron de la hecatombe. La condena del sistema liberal arrastró también a la prensa y muy especialmente a la prensa. Hoy cabe hacer una justa valoración de la prensa de la Restauración y de la preguerra: en esa época hay una verdadera floración de títulos, se ponen las bases de una prensa industrial, existe un verdadero pluralismo y se consolidan títulos de gran calidad periodística. Naturalmente, los vicios del sistema repercuten de un modo especial en la prensa que, en muchas ocasiones, es el brazo largo del caciquismo, de la corrupción admi-

les a los que se pretendía justificar — y asegurar — con la cobertura ideológica del orden y el patriotismo. Los personajes y la empresa tienen una cierta correspondencia con claves de la realidad. La novela de Puig y Ferrer — "Servitud" — es de todas ellas la que tiene un tono más panfletario, pretendidamente panfletario. La novela, que había sido anunciada con el título "Don Hilario y el seus criats", profundiza en el doble servilismo del profesional, como trabajador y como informador. El protagonista se rebela contra el envilecimiento de las relaciones que ha impuesto el patrón. En "Servitud", la lucha por la información va unida a las reivindicaciones sociales, así como la figura del patrón periodístico resume en él las características del patrón empresarial.

Tanto en la novela de Ciges como en la de López Pinillos la denuncia del periodismo sirve de plataforma para la crítica social global. El periódico en el que trabaja el protagonista de Ciges es una publicación republicana cuyo propietario monopoliza el juego en Madrid y que ofrece el periódico a los ministros mientras "hay un editor responsable que por diez reales diarios está dispuesto a ingresar en prisión..." La experiencia del protagonista en un periódico de provincias no es menos frustrante. En esta novela, como en la de López Pinillos, el periodista busca en el periodismo la realización de un ideal que la realidad hará imposible.

"El luchador" es quizá la novela donde el periodismo sirve más de pretexto para reflejar un clima "nacional" ramplón, enraizado por las ambiciones alicortas, por la lucha agotadora por la mera subsistencia que da al traste con cualquier pretensión idealista. En este sentido, López Pinillos es un fiel continuador de las preocupaciones noventayochistas. El escenario descrito en las primeras páginas, un Madrid en tarde de toros, sitúa al protagonista — ambicioso de una carrera literaria — en contradicción con el medio ("Después de los de esta tarde, en España no se le puede consentir el paseo más que a Rabadán"). El itinerario por malas pensiones, por cafés más o menos literarios, el trabajo en las redacciones por un sueldo miserable, constituyen la busca de un personaje que había empezado con un ideal literario y que termina en las últimas pá-

ginas fracasado no sólo profesionalmente, sino también en su ideal amoroso. El diario descrito — "La Independencia" — es una publicación oportunista ("había ostentado cuantos colores se pueden ostentar en política...") en la que se resume la picaresca de la sociedad, la competitividad raquílica y el marasmo cultural por emplear el término de Unamuno.

Cuatro novelas, pues, que no puede ignorar no sólo el interesado por la narrativa, sino, de un modo especial, quien desee conocer la historia del periodismo más allá de las relaciones de títulos, las tiradas de los periódicos o las vinculaciones políticas de las empresas periodísticas. ■
C. ALONSO DE LOS RIOS.

"Verso y Prosa", cincuenta años después

Hace medio siglo, Juan Ramón Jiménez, desde Madrid, escribía a su amigo Juan Guerrero, en Murcia: "De todo lo que hace usted conmigo en 'La Verdad', nada le digo. Usted sabe que soy fiel y que no olvido, aunque sea tan tarde escritor de cartas. Si no le he mandado más cosas mías ha sido porque creo que la juventud ansiosa de publicar y falta de sitio debe tener todo el espacio en su hoja" (1).

(1) La carta figura en "Cartas", Juan Ramón Jiménez, edición preparada por Francisco Garfias y publicada por Aguilar en 1962. La siguiente opinión de Juan Ramón sobre Guerrero aparece en el "Apéndice" a "Españoles de tres mundos".



José López Pinillos.

Puig i Ferrer. (Catalonia, Barcelona. Reeditada por Nova Terra en 1973.)

De ninguna de estas novelas puede decirse que sea una obra estimable si no es por su significación histórica y sociológica. Ninguna de ellas ha aportado elementos de interés a la narrativa desde el punto de vista formal, pero todas ellas acarrearán un material documental valioso para poder comprender lo que fue el periodismo de las primeras décadas de este siglo.

Todas estas narraciones son una denuncia del periodismo que se conforma en España durante la Restauración. El periodismo de la Restauración ha sido denostado o exaltado, según fueran los supuestos ideológicos del analista. A partir de la guerra ci-

administrativa, del oportunismo político...

La versión de los narradores que hemos citado es una versión crítica, pero sería un error enjuiciar toda la prensa de la época a partir de las experiencias que relatan. La denuncia de estos relatos recae tanto sobre publicaciones republicanas como sobre publicaciones monárquicas, en las que el predominio de lo mercantil, la consideración de la prensa como plataforma de oportunismos políticos, determinaba una información prostituida. Esta denuncia, salvando los aspectos episódicos, sigue teniendo hoy actualidad.

"Las columnas de Hércules", de Araquistain, es un alegato contra un periódico monárquico fundado por intereses mercanti-



Juan Guerrero.